CAPÍTULO VIII. *Donde se dice el modo que tenían de bautizar estos ministros apostólicos, y las cosas en que más cuidado ponían para que le recibiesen, y se cuentan los bautizados y los ministros pocos que los bautizaron, que es caso digno de saber*

STOS BENDITOS RELIGIOSOS, DE MI GLORIOSO PADRE San Francisco, primeros evangelizadores desta indiana iglesia (como en otra parte hemos dicho), hallaron acá, cuando vinieron con la autoridad apostólica, al padre fray Juan de Tecto, hombre docto y que había leído en la Universidad de París catorce años teología, como decimos en el capítulo pasado; el cual, cuando se descubrió este nuevo mundo, estaba en Flandes y era confesor del emperador Carlos Quinto, que a la sazón estaba en aquellos reinos, en cosas tocantes a su patrimonio y real corona, de cuya compañía salió este apostólico varón y se vino a estas partes con harto sentimiento del César, por ser persona que le satisfacía en todas las cosas de su conciencia; pero diole licencia o ya por tenerle voluntad y desear mostrar la que le tenía, o ya porque Dios así lo ordenó para que tan consumadas y necesarias letras diesen principio a las cosas de duda y forzosas desta conversión. El cual, con los demás que después vinieron, determinaron, por la urgente necesidad y muchedumbre de gente que venía al bautismo, que se les diese en sola agua y palabras sacramentales que la acompañan; y aunque murió año y medio u dos después que vino dejó viva su memoria en la erudición con que probó ser lícito el bautismo de aquellos primeros años y tiempos en la forma y manera dicha.

Esta razón, pues, alegaban estos ministros evangélicos, diciendo que no era nueva manera de bautizar, y que en el reino de Valencia se había usado en la conversión de los moros, donde hubo gente docta que así lo determinaría, en especial un insigne letrado que había sido rector en las universidades de París y de Alcalá; pues aunque allí hubo multitud de bautizados, no fueron en número, ni con mucho, tantos como los hubo en estas Indias. Lo principal en que ponían su cuidado los ministros de aquellos tiempos era en el catecismo, dándoles a entender cómo eran cristianos por ser bautizados con el agua del Espíritu Santo y saber la señal del cristianismo, que es la cruz, y cómo en ella nos redimió Cristo, y signarse con ella; y en suma, lo que ha de creer todo fiel cristiano. Esto todo en su lengua, y luego el Credo en latín, después vuelto en su lengua (que este orden guardaron en sus principios, porque en ambas lo supiesen), los mandamientos de guardar, sacramentos que habían de recebir y los pecados mortales que habían de huir y evitar, y como hay dos maneras de oración, una mental y otra vocal, y como de las oraciones vocales es la más excelente el *Pater Noster* y luego la salutación de nuestra señora. Tras esto les enseñaban cómo habían de vivir ordenadamente y lo que debían hacer y rezar cuando se habían de acos-

tar, y lo mismo al levantarse por la mañana. Cómo se habían de haber en la iglesia, y en el oír de la misa; y cómo habían de bendecir la comida, y las gracias que a Dios debían dar después de haber comido. Cómo se habían de haber en la calle y por los caminos, asimismo saludar al que topaban e humillarse a las imágenes y cruces; cómo habían de guardar sus ánimas los malos pensamientos, y sufrir y tolerar los males, por amor de Dios. Todo lo cual se les enseñaba por preguntas y respuestas, que es doctrina que hasta hoy día corre, y está impresa por fray Pedro de Gante, un lego de los primeros y gran ministro de esta conversión, y por el padre fray Alonso de Molina y el señor obispo Zumárraga, y otros de otras órdenes. Esto era en lo que más se ocupaban, y sabido por los adultos, o lo más forzoso desto para recebir el bautismo, se lo daban en la forma dicha. Pero no todos se ocupaban en esta santa obra; que muchos de los eclesiásticos, así frailes como clérigos, no curaban de tanto trabajo y el mayor que representaban era la diversidad de las lenguas y parecerles difíciles de aprender; y a la verdad, cuando esto tenga lugar en algunos, en otros no era sino la mala voluntad que habían concebido a estas gentes, teniéndolos por inhábiles y bestiales, no porque lo fuesen, sino por haber creído esto de gente que por sus particulares intereses hablaban con más pasión que razón, que déstos hubo muchos.

Esto se verá ser así, por este caso que se sigue: Un religioso de cierta orden, de las que entonces había, pasó por un pueblo, cuatro leguas de la ciudad de Tlaxcalla, junto de Atlancatepec donde a la sazón estaba el padre fray Toribio Motolinía (de la orden de mi padre San Francisco, de quien diversas veces hacemos mención en estos libros), y tenía congregadas pocas más de seis mil personas pra bautizar; unos de ellos de los que hablaban la lengua que llaman mexicana, y otros de los otomíes; y por esto los tenía divididos en clases y puestos diferentes, los cuales todos muy ordenada y distintamente así puestos estaban, dando cuenta de estas cosas referidas; y fue a coyuntura que el dicho religioso llegó, el cual asistió a todo lo que antecedió y sucedió al bautismo, aunque nada dello entendió porque no entendía la lengua. Visto lo que pasaba, y el orden cómo se había procedido y la buena razón y cuenta que los indios daban, se movió a ser su ministro y pidió al religioso le diese aquella doctrina y unas conjugaciones de la lengua para aplicarse a ella, confesando su yerro en creer que era gente bestial y de poca capacidad, y dando por total culpa de su yerro no saber su lengua, ni entenderlos; y de allí adelante les fue aficionado y les ayudó en cuanto pudo.

El modo que tenían de bautizar era éste. Poníanse todos juntos, los que se habían de bautizar, los niños delante; hacían sobre todos en general el oficio del bautismo, y sobre dos o tres, o algunos pocos más las ceremonias de la cruz, flato, saliva, &c. Luego bautizaban los niños, cada uno por sí, en agua bendita (y esto siempre se guardó y de ningún fraile se sabe que hubiese hecho otra cosa). Bautizados ya los niños, tornaban a predicar a los adultos y persistiendo en su propósito y enseñándoles de nuevo lo que habían de creer y la disposición con que habían de recebirle y abrenunciar

al demonio, y vivir en ley de matrimonio, luego bautizaban a cada uno de por sí, y puestos en la iglesia (donde la había) les tornaban a decir la merced que Dios les había hecho en el bautismo, y cómo ya se contaban entre los cristianos y hijos de la iglesia y de Dios adoptivos, y que estaban obligados a guardar su ley y mandamientos. Ésta era la forma de bautismo que hacían entonces, porque les parecía ser imposible lo demás, teniendo tantas cosas a que acudir, como en sus alegaciones ha parecido; pero los que lo contradecían no lo recebían por bueno ni lo aprovechaban.

El modo que tenían para darles nombre era éste: A todos los varones que un día se bautizaban, así chicos como grandes, se les ponía el nombre de Juan, y a las mujeres el de María. Otro día el de Pedro y Catalina, y dábanles cedulillas dellos, que para este fin tenían hechas muchas y era para que no se les olvidase, y cuando se les olvidaba y les preguntaban su nombre, mostrábanlo escrito. Y ésta fue curiosidad que duró por algunos años, y así sabía cada cual cómo se llamaba. Pues para que valgan por buenas las razones de estos benditos padres ministros, y se conozca su inmenso y no creíble trabajo, quiero (si en ello no soy penoso) poner el número de bautizados que hubo en aquellos primeros y pocos años, cuando bautizaron desta manera dicha, y los ministros que había para tanta multitud, según que lo refiere el padre fray Toribio, que fue uno de los que en esto más trabajaron.

Desde el primer año que entraron los religiosos en esta Nueva España, que fue el de mil y quinientos y veinte y cuatro, hasta el año siguiente de treinta y nueve, que por todos fueron diez y seis, se bautizaron entre chicos y grandes, niños y adultos, las personas siguientes: En Mexico y sus pueblos, Xuchimilco, con los pueblos de la laguna dulce: Tlalmanalco, Chalco, Quauhnahuac, con Yacapichtla, Quauhquechula y Chietla, con todos los pueblos que de estas casas se visitaban, más de un millón; y hase de advertir que no eran todos los de los pueblos y provincias dichas los que se bautizaban, porque no todos se bautizaron luego, que muchos quedaron o que se murieron sin el bautismo o que después se bautizaron. En Tetzcuco, Otumpan, Tepepulco, Tulantzinco, Quauhtitlan, Tulla y Xilotepec, con todas las provincias y pueblos que de estos monasterios se visitaban, más de otro millón.

En Tlaxcalla, Cholulla, Huexotzinco, Calpan, Tepeyacac, Tehuacan, Zacatlan, Hueytlalpan, con sus provincias, más de otro millón. En las casas de Mechuacan y lo Matltzinco, que es el valle de Toluca, con sus provincias y reino dicho de Mechuacan, más de otro millón. Y por evitar prolijidad, otros dos millones en otras provincias y pueblos, que fueron muchísimos. Y pasado el tropel de los primeros años fueron bautizados, el año de mil y quinientos y treinta y siete, más de quinientos mil, de los cuales se bautizaron en la provincia de Tepeaca más de sesenta mil. De manera que hasta el año de cuarenta fueron bautizados (por los frailes menores de San Francisco) más de seis millones; siendo los ministros de este sacramento, por todos, desde el primer año hasta este dicho, no más de sesenta en número, contando los vivos y difuntos; porque aunque había otros veinte

sacerdotes, aún no se habían ocupado en él. Unos por no saber la lengua, y otros por ser nuevos en la religión.

De estos ministros fue uno el santo fray Martín de Valencia, primer prelado de esta tierra, con autoridad apostólica; el cual, cuando en la parte donde estaba no tenía compañero sacerdote, o no bastaba el compañero, bautizaba y bautizó muchos. El padre fray García de Cisneros, que fue primer provincial, bautizó más de cien mil. Fray Joan Caro, que enseñó a estos indios el canto llano y canto de órgano, bautizó otros tantos, y los padres fray Joan de Perpiñan y fray Francisco de Facuencia, más de cien mil cada uno. El uno en Mexico y el otro en Mechuacan ejercitaron este sacramento con mucha caridad y fervor de la salvación de las almas.

Otros de estos religiosos (aunque pocos), entre los cuales fue uno el padre fray Toribio Motolinía, bautizaron a trescientos mil y otros a doscientos mil, otros a ciento y cincuenta mil, otros a ochenta y otros a sesenta, y otros a cincuenta mil. Y de esta manera estaban bautizados, el año de cuarenta, más de seis millones de estas gentes indianas. Y para todo daba Dios fuerzas, y siendo tantos no era posible hacer en tantos bautizados todas las ceremonias del ordinario. El año de treinta y nueve bautizó un solo sacerdote, en un día, en Toluca, tres mil y seiscientas personas; y por ser ya venida la declaración de su santidad, les ponía olio y crisma, como en ella se manda. Esto dicho es de los frailes menores, porque de los de las otras órdenes no sé los que fueron, aunque no dejaban de ser muchos, por ser casi todos contemporáneos y tratar una misma causa. Si ya no es que por el escrúpulo dicho, dejaron muchos de ejercitar este sacramento, aunque a los niños y enfermos todos los bautizaban.

Gómara, en su *Historia de Indias,* dice el número de los bautizados, y refiere haber bautizado los frailes franciscos este número, aunque dice, según ellos dicen; y si en este modo de decir, *según ellos dicen,* quiere mostrarse dudoso, por parecerle muy grande el número, le quiero asegurar con esta verdad referida y dicha, no de solos frailes franciscos sino de otros que lo certifican. Y si no es así, pregunto, cuando no había ministros (que no hubo por algunos años, sino solos frailes franciscos) ¿quién bautizaba? Y si eran tantos los que venían al bautismo, como dejamos dicho, y iban bautizados por ellos, luego creíble es que según ellos dicen fueron éstos, y muchos más, los que bautizaron.

En la segunda parte de las Corónicas de los frailes menores se cuenta que por medio suyo de ellos fue hecha gran conversión de herejes, en el año de 1376, en Vulgario, junto al reino de Ungría, en que bautizaron ocho frailes, en solos cincuenta días, más de doscientas mil personas; pero a la conversión y bautismo de esta Nueva España (tanto por tanto, comparando los tiempos) pienso que ninguno le ha llegado, desde el principio de la primitiva iglesia hasta este tiempo en que estamos; por todo lo cual sea alabado y bendito el nombre de nuestro señor Dios.